

# El marxismo en Chile y la igualdad

Una reconstrucción en la izquierda socialista  
y comunista (1960-1973)

Paula Francisca Vidal Molina



Política | CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

# Índice

**Agradecimientos | 11**

## **INTRODUCCIÓN**

**La vuelta a la emancipación y elementos  
para la comprensión teórica de la igualdad | 15**

## *PRIMERA PARTE*

*La igualdad en la izquierda chilena del siglo XX.*

*Una breve reseña | 51*

### **CAPÍTULO 1**

**La igualdad y los orígenes de la izquierda chilena | 53**

### **CAPÍTULO 2**

**La izquierda entre 1930 y 1973 | 73**

## *SEGUNDA PARTE*

*Partido Comunista de Chile (1922-1973) | 117*

### **CAPÍTULO 1**

**Sobre el Partido Comunista de Chile | 119**

### **CAPÍTULO 2**

**La igualdad y el Partido Comunista.**

**La revista *Principios* (1960-1973) | 145**

### **CAPÍTULO 3**

**La igualdad y los intelectuales orgánicos del partido (1960-1973) | 171**

*TERCERA PARTE*

*Partido Socialista de Chile (1933-1973) | 201*

**CAPÍTULO 1**

**Sobre el Partido Socialista de Chile | 203**

**CAPÍTULO 2**

**Igualdad, congresos socialistas y demandas sociales | 221**

**CAPÍTULO 3**

**La igualdad y su construcción teórica en el PS | 233**

**CAPÍTULO 4**

**Los intelectuales orgánicos del PS y la igualdad | 265**

**El marxismo chileno y la igualdad:  
entre la redistribución y el humanismo | 307**

**Bibliografía | 325**

## **INTRODUCCIÓN**

### **La vuelta a la emancipación y elementos para la comprensión teórica de la igualdad**

La reconfiguración del capitalismo y sus manifestaciones en la actualidad es evidente, y no es difícil aventurar que esta se viene gestando en lo central a partir de la década de los setenta del siglo pasado. Desde diversos frentes se proclama que tales características no expresan ni acontecimientos de una coyuntura ni transformaciones pasajeras, sino que marcan una nueva época histórica que pone en juego la viabilidad del propio sistema dominante, a pesar de que éste ha logrado subsistir y revigorizarse ya en el pasado, aun a costa de innumerables devastaciones, y de que su futuro –en caso de superar los vaticinios que anuncian su fin– se nos aparece como el monstruoso escenario de un mundo devastado por la predación capitalista.

Las características de esta nueva configuración hacen que emerja con mayor fuerza la idea de que el capitalismo es la causa de los procesos de regresión planetaria que se vienen viviendo, siendo diverso el lenguaje y la terminología utilizados para dar cuenta de ello. Se habla así de que el capitalismo ha llegado a sus límites, de una crisis civilizatoria o estructural del sistema como un todo, o bien del estado de barbarie en que estaríamos sumidos actualmente. En todo ello cabe resaltar que cada concepto, cada metáfora, refiere a un estado complejo de la realidad, cuyo hilo común es la absoluta certeza de que, de mantener este derrotero, sólo el colapso espera a la humanidad.

La pobreza y las desigualdades persistentes al interior de, y entre pueblos; la destrucción ambiental; la imposibilidad de extender a toda la humanidad el patrón de consumo de masas de los países centrales, debido a los escasos recursos naturales; la crisis alimentaria, producto

de la mala distribución de los recursos entre las naciones; el desempleo crónico o estructural, junto al empleo informal-precarizado en países centrales y periféricos; la disminución de los Estados en lo que al resguardo y promoción de los derechos políticos, económico-sociales y culturales de sus ciudadanos se refiere; la creciente migración y el innegable aumento del fenómeno de los refugiados; así como la propia lógica del capital, que implica continuar produciendo a partir de la necesidad de su valorización, desembocando muchas veces en guerras devastadoras y recurrentes crisis que golpean a los sectores más desposeídos y vulnerables, son solo algunas de las consecuencias que develan los efectos paradójales e irracionales –los límites del sistema– del capitalismo y su marcha destructora. Este fenómeno no solo proporciona importantes razones para repudiar el presente y futuro que ofrece el capitalismo como modelo social, sino también nos obliga –como varios lo vienen anunciando– a buscar urgentemente alternativas que promuevan y establezcan nuevas pautas de sociabilidad para, y en, la sociedad futura.

Esta desenfundada carrera hacia el abismo se materializa en alarmantes representaciones de sociabilidad, que operan como contracara del cuadro racional de desarrollo para la humanidad que conlleva también el capitalismo. Mézáros (2007) lo enuncia como una humanidad enfrentada hoy al «peligro potencial de autoaniquilación en razón de la aparente incontabilidad de su modo de reproducción sociometabólica bajo el dominio del capital», lo que le hace afirmar que el desarrollo de las fuerzas productivas experimentado durante el siglo XX, bajo las actuales condiciones, las ha transformado en fuerzas destructivas, debido a su desenvolvimiento irresponsable y descontrolado. Por su parte, Hobsbawm (2009) también alerta sobre la necesidad de mudar urgentemente la comprensión simplista del presente acerca de la situación planetaria, interpeándonos frente a la responsabilidad de modificar el camino de convivencia mutua que hemos construido, que se proyecta nefasto para el porvenir del mundo. Su llamado es a cambiar –en el siglo XXI– la fórmula de la organización económica mundial basada en el capitalismo de crecimiento ilimitado, abandonando también «la vieja creencia –impuesta no solo por los capitalistas– en un futuro de crecimiento ilimitado en base a la extracción de los recursos del planeta». El interés de Hobsbawm

—aunque no sólo suyo— es señalar los desafíos de una economía en el siglo XXI cuyos ejes hablen —aún a modo de bosquejo— de un nuevo modelo societario. Esos ejes serían la justicia social, la vida digna para todos y la realización de nuestras potencialidades inherentes: el bienestar y la justicia social como núcleo de las prioridades sociales y morales de una sociedad verdaderamente humana.

En este contexto, el primer paso es elaborar «antídotos» que apunten a superar el capitalismo, y para ello debemos conocer tanto la lógica del capitalismo estudiada por Marx en el siglo XIX, como identificar —junto con lo que se mantiene de ésta— aquello del capitalismo que presenta nuevas formas de expresión en la época contemporánea. Este primer paso introduce, asimismo, una pregunta y una afirmación. Pregunta por el tipo de sociedad a construir para las próximas generaciones, al tiempo que proclama y afirma el rechazo categórico a la creencia en la posibilidad de moldear al capitalismo con un rostro «más humano», reformulado sobre unas supuestas «bases éticas». Daniel Singer (2000) ilustra muy bien esta idea, al decir que la ilusión de un capitalismo sin crisis, con eterno crecimiento, o bien el derecho de todas las personas del mundo a gozar de un trabajo estable, permanente, con salario digno y perspectivas de mejoras en el nivel de vida para ellos y sus hijos, es hoy una fantasía que no está de moda, desvaneciéndose en todo el mundo occidental casi al mismo tiempo. Por su parte, la desigualdad social destruyó también el mito de que en la medida en que todos los países están en la senda capitalista, a la larga todos serían iguales, todos se constituirían en clase media. Es claro a estas alturas que estas bases éticas se ubican en las antípodas del modo natural y salvaje de ser del capitalismo, cuyos cimientos, como el lucro, la explotación, la competencia, el individualismo y el egoísmo, son a todas luces irreconciliables con la construcción de un buen sentido de lo «humano».

Esto lleva a que cada vez con mayor fuerza intelectuales, actores y movimientos sociales acumulen un escepticismo creciente, combinado con altas cuotas de descontento y rechazo ante las consecuencias de esta reformulación del modelo de desarrollo capitalista —lo que se expresa en el alzamiento zapatistas de Chiapas en 1994, pero que se ha manifestado también con las movilizaciones de Seattle, Francia, Grecia, Londres y España, por ejemplo—, y que se ha ido articulando,